

ZSIGMOND DEL DESIERTO de Alejandro Martínez

I

Comenzaban muchos a echar en falta a Zsigmond Balassa. En Tatabánya, sus calles y sus gentes, por el Turul vigiladas, sentían una ausencia y percibían una falta. Fue, finalmente, una mañana en la estación, que el rastro se llenó con un vacío. ¿Qué le pasa a Zsigmond? La gran mente de Tatabánya, por primera vez en el tiempo que las memorias llegaban a agarrar, había privado al mercado de su presencia, y, por tanto, de la apertura de su popular puesto.

Todos lo llamaban la Tienda de Artilugios Mágicos. Este nombre irritaba sobremanera a Zsigmond, quien rabioso repetía una y otra vez que, tras su Tienda de Artilugios, no imperaba otra fuerza más que la de la naturaleza. Su frase más repetida, no hay nada detrás, encapsulaba de manera sobria todos sus problemas con lo mágico. Zsigmond creaba todas sus invenciones desde cero. No necesitaba empleados, y mucho menos necesitaba la ayuda de la dimensión sobrenatural. Cualquiera con su talento podría dismantelar pieza a pieza uno de sus artilugios y descubrir la fría verdad: no hay nada tras las piezas, únicamente las mismas. Ningún fantasma se oculta tras la máquina. Por desgracia, nadie podía realizar este test más que el propio Zsigmond. Si se ve algo, pero no se comprende, allí brota la magia.

Esta vez en el mercado no había magia. Ni tampoco ciencia. Nada más que viejos restos de otras vidas. Antiguos deshechos de los que deshacerse al mejor postor. El único rayo de novedad que alumbraba los carcomidos muebles, los roídos libros, las desgastadas ropas, los repudiados cuadros, y las viudas joyas, estaba apagado. La tienda permanecía cerrada, y el inventor en paradero desconocido.

Indignado ante la situación, el joven Lazarescu salió en búsqueda del mago.

II

Posado en la montaña, el majestuoso Turul gobierna Tatabánya. Desde sus aposentos, con la lanza entre las garras, observa la vida de los habitantes. Sólo el valle a sus pies le queda como punto ciego. En este pequeño oasis de libertad habita Lazarescu junto a su familia, resguardado de las miradas de la temible ave.

Desde niño sentía un temor terrible hacia el Turul. Unos dirían que Dios tuvo en gracia alojarle en la única zona donde uno podía vivir ajeno a la terrible imagen que imperaba en los cielos de Tatabánya, otros que su desgracia fue criarse ajeno a las miradas del pájaro, y por tanto ablandarse a diferencia del resto de niños. A Lazarescu, ahora ya en sus 10 años, nunca le importaron los de su quinta durante la infancia, pues pasaba las tardes con Zsigmond, su Melquiades particular que le fabricaba toda clase de juguetes mágicos. Por supuesto, de Zsigmond pronto obtuvo dos lecciones: Ni los juguetes eran mágicos, ni el Turul suponía peligro alguno. Y, por supuesto, nunca las aceptó.

Velando por el bien de la relación, pronto Lazarescu aprendió que debía disimular. La magia es técnica. El Turul no da miedo. No había ningún paso secreto en la fabricación de sus juguetes. ¿Un ave gigante alzando el vuelo por la noche? Él jamás había visto tal cosa. Algún día, si aprendía el oficio, él mismo podría ser inventor como

Zsigmond. Y, algún día, escalaría la montaña para visitar al Turul y tocar la piedra de la cual estaba hecho. Pero el corazón de Lazarescu no quería ser inventor, sino mago, como Zsigmond. Y escalar la montaña, para con un gran hechizo derrotar a la malvada presencia que acechaba cada rincón de la humilde Tatabánya.

Ahora ya todo era distinto. Lazarescu había vivido mucho, la vida le había mostrado el camino de la razón. Cualquiera podía observar que el Turul era un simple monumento. Cuya presencia imponía. Con el cual soñar despierto. Soñar con cómo cualquier día, despertado por una ofensa, alzaría el vuelo. Algo que nunca pasaría, claramente, pero ¿Quién querría tentar a la suerte? Un simple monumento... Zsigmond le aseguraba que no había peligro alguno, pero Zsigmond decía muchas cosas. ¿Alguien en su sano juicio creería que sus juguetes no son mágicos? Técnica. Ridículo. Bastaba con preguntar a cualquiera que frecuentase la famosa Tienda de Artilugios Mágicos.

Y, entre tanta confusión, Lazarescu poseía una única certeza: No había rastro de Zsigmond. Su puesto, metódicamente abierto a su hora desde tiempos inmemoriales, permanecía tan cerrado como las fronteras del país. Era urgente salir en su búsqueda (por supuesto, tras comer uno de los lángos del mercado).

III

Como cada semana, Eszter bajó al mercado en busca de Zsigmond, su futuro mentor. O así le gustaba a ella considerarle. El inventor tenía la estricta política de no admitir aprendiz alguno, y mucho menos ayudantes. Pudiendo él realizar todo el trabajo, no veía en los supuestos admiradores más que lastres parasitarios que deseaban infiltrarse en su taller para copiar sus métodos. Con especial disgusto les trataba ya que, en muchos casos había sucedido, estos supuestos aspirantes a inventor únicamente buscaban desvelar el truco que se escondía tras los artilugios de Zsigmond. Eszter era distinta, había entendido la certeza de la máxima de su maestro: no hay nada detrás. Por esto, era tolerada por el inventor, y no tratada con desprecio como el resto, pero no cambiaba el hecho de que nunca lograba ser admitida en el taller. Los ánimos de Eszter eran inagotables: si no había nada detrás, significaba que ella algún día podría aprender el oficio. No necesitaba magia, sólo técnica, conocimiento, y esfuerzo.

Esta vez Eszter, lista para ser rechazada de nuevo, se topó con un resultado mucho peor. El puesto de Zsigmond permanecía cerrado. ¿Cómo podía ser que, justo el día que iba a ser aceptada, faltase el inventor? Porque de seguro que, si faltaba, significaba que ese era el día señalado. Y si no lo era, necesitaba su rechazo semanal para confirmarlo. Ante lo intolerable de la situación, Eszter emprendió la marcha a casa de Zsigmond.

A la tercera llamada, efectuada golpeando la puerta con el puño en la mitad inferior de la puerta (Eszter nunca había comprendido la necesidad de alzar el brazo hasta alcanzar a golpear más arriba), esta se abrió. Lilla, la mujer de Zsigmond, se ocultaba tras el umbral de la puerta, con una expresión indescifrable en el rostro.

- Buenas. - Saludó Eszter. - Usted no me conoce, pero mantengo una relación profesional con su marido, y... Bueno, no exactamente aún no... Pero verá, he ido al mercado y n-

-¡Por supuesto! -Interrumpió Lilla, mutando su rostro a una exuberante sonrisa. -¡Pase, pase! Ahora mismo le recibe.

Cruzó el umbral de la puerta, penetrando en el hogar del inventor, lo más cerca que había estado nunca de su taller. Mientras Lilla, había ido hacia el interior de hogar. Eszter se disponía a colgar su chaqueta de una de las perchas, cuando súbitamente, próximo a su oreja derecha, un jarrón estalló en pedazos contra la pared. Al girarse vio a Lilla, con su sonrisa ya desvanecida, y a punto de arrojar un plato hacia ella.

-¿¡Relación profesional!? ¡Maldita Zorra! -Gritaba Lilla a pleno pulmón, pero apenas era audible entre los estruendos de los platos, jarrones, vasos, copas y botellas explotando contra los límites de la casa.

Eszter no pudo comprender lo que sucedía hasta que pasaron varios segundos, pues prácticamente la totalidad de su capacidad cerebral estaba dedicada a esquivar proyectiles. Una vez logró entender todo, tocaba averiguar qué podía decir para calmar la situación. Lo más sencillo para disipar la controversia sería sacar a la luz el simple hecho de que era lesbiana, pero eso a Lilla, mujer chapada a la antigua, no le serviría para borrar sus sospechas. Había que ser más ingeniosa, la verdad no era suficiente. Y cuando la verdad falla, el camino correcto es la violencia. Al menos en Hungría. Eszter atrapó al vuelo uno de los jarrones que le estaban siendo arrojados, planeando lanzarlo de vuelta. El plan falló, pues se trataba del último modelo de jarrón ardiente diseñado por Zsigmond, y al agarrarlo demasiado tiempo se quemó las palmas de las manos. Era un invento de lo más inútil, pues el innovador jarrón táctil para hervir agua sólo encendía cuando uno lo tocaba, por lo que empezaba a arder y uno debía apartar las manos, así apagando el jarrón. Hervir agua era un proceso eterno. Por suerte, el siguiente plato lanzado no fue más que un mundano y estéril plato, y, por suerte, el mundano y estéril plato fue a aterrizar en la frente de Lilla al ser devuelto.

Tras despertar del leve coma, Lilla, aunque aún indignada, se había relajado y abandonado su complejo de pitcher (sin quedar claro si fue por las consecuencias del desmayo o porque no quedaba nada que arrojar). Ahora, viendo en su antigua enemiga a una confidente, producto de la necesidad de desahogarse, comenzó a explicar lo que le sucedía.

- Ese cerdo, me ha estado engañando todos estos años. - decía Lilla, inexpresiva, mirando al vacío, y súbitamente comenzó a reír. - ¡Era verdad lo que decían! Ha hecho magia con toda Tatabánya...

- ¡Y tú, en venganza, le has matado! ¿Cómo si no iba a no abrir su tienda? - exclamó Eszter más para sí misma que para la enajenada Lilla.

- ¿Muerto ese? Si le echas de menos en tu cama, sube al monte a buscarlo. Te lo regalo.

- ¡En el monte, claro!

- ¿No se os ha ocurrido a ninguno? Qué otro idiota subiría a molestar al Turul.

Eszter era, tal vez, la única otra persona de Tatabánya que no temía al Turul. Como su maestro (y como todos, aunque no les calmase) sabía que no había nada en el monte más que un enorme monumento de piedra. Pero el nivel de Zsigmond era distinto. Por fascinación, o tal vez por rebeldía, era el único que subía al monte a menudo, sin miedo alguno, y podía pasar largo rato tendido junto al ave. Eszter no sentía miedo, pero cierto sentimiento de respeto a las leyendas que desde niña escuchaba la hacían evitar, en la medida de lo posible, acercarse a la temible estatua. Pero hoy era el día en que se convertiría en aprendiz de Zsigmond, y ningún ave iba a impedirlo.

-Ha perdido la cabeza, ya verás. No le hagas caso, habla sinsentidos. ¡Él no ha decidido subir al monte! ¡No podrá decidir bajar! ¿Engañarme? ¡Ninguna culpa tiene él, fueron los impulsos, no su decisión! Todo es una máquina... todo... todo... Está loco. ¿O está loco el mundo? Para él lo mismo es. ¿Qué diferencia hay? "No hay nada detrás, la naturaleza me mueve" Maldito imbécil, y-

Eszter, que no daba crédito al discurso que Lilla estaba dando, mirando a la pila de escombros acumulada bajo la pared, decidió abandonar la habitación. No se podía saber cuánta verdad había en Lilla, pues su estado no daba garantía alguna, pero de Zsigmond uno podía esperar cualquier cosa.

Entre tanto, escuchando la escena en el exterior de la casa se encontraba el

pequeño Lazarescu, feliz de haber descubierto el paradero de su querido Zsigmond, y aún más feliz por el platazo que Lilla había recibido. El destino le había impuesto una misión, tal vez había llegado el momento de vencer sus miedos, y escalar la montaña para visitar al Turul.

IV

Esa misma tarde, Eszter emprendió la subida al monte para visitar a su maestro notodavía-maestro, e intentar comprender la sintomatología que en inconexas ráfagas Lilla había arrojado acerca de su marido.

La escena que encontró era, precisamente, la que esperaba. Zsigmond, con los ojos cerrados, sentado junto al Turul. No podría esperarse algo así de ningún otro habitante de Tatabánya.

- ¡Zsigmond! - Gritó Eszter, provocando la apertura del único par de ojos que permanecían cerrados de entre los tres que poblaban el monte. - He venido a pedirte, de nuevo, que me aceptes como aprendiz. He avanzado increíblemente en mis investigaciones, y he lo-

- No. -interrumpió Zsigmond.

- ... De acuerdo. Ya hemos terminado las formalidades. Ahora charlemos. ¿Se puede saber qué haces aquí?

- Nada.

- Ya veo. Pero, ¿Y la motivación de ese nada? Tú siempre haces algo.

- Es difícil de explicar. ¿Por qué haces tú lo que haces? Seguro puedes inventarte mil respuestas, pero la verdadera... ¿Quién puede explicarla?

- ¿Que por qué subo hasta aquí? Para rescatar a un chalado.

- Bájame si deseas. Si he de bajar, seré bajado. Me es indiferente. Todo lo es.

- ¿Vas a explicarte?

-Eszter, en ocasiones he visto tus creaciones. Tú eres cómo yo. ¿No te has dado cuenta?

Esta se sonrojó enormemente y quedó en shock. Si bien en múltiples ocasiones había mostrado a Zsigmond sus invenciones, con intención de por fin lograr acceder a su misterioso taller, nunca antes este había expresado el más mínimo reconocimiento hacia ella como inventora. Pero, cuando volvió en sí, se dio cuenta que en verdad no tenía ni idea de qué estaba hablando Zsigmond.

- Zsigmond, no te entiendo.

- ¿Querías ser mi aprendiz? Toma tu primera lección. Seguro has construido autómatas, ¿Verdad?

- Sí, no muy buenos, pero...

- No importa, los míos sí son buenos. Verás, para crear estos autómatas, no has usado más que piezas, ¿Cierto?, Con energía, estas piezas, no por sí solas, sino en conjunto, por supuesto, formando individuo, actúan como el autómata. Hay muchos tipos de autómatas... depende que piezas pongas, hará x o hará y... si eres lista podrás calcular lo que hará con certeza, de seguro. No tiene voluntad. Claro que no, no tiene nada, no hay nada detrás, se mueve como debe moverse, y...

- De acuerdo, de acuerdo. -interrumpió Eszter. - No necesitas convencerme de nada, no te preocupes. Ya sabes de sobra que no opino como el resto de Tatabánya. Ya sé que no eres mago alguno. No puedo replicar tus técnicas, pero entiendo que nada mágico ni espiritual hay tras tus creaciones.

- Bien.

- ¿Y a dónde quieres llegar?

- Lo tienes frente a tus ojos día a día y te niegas a verlo. No hay nada tras el autómata, claro que no, ¡Pero tampoco detrás nuestra! No hay evidencia alguna. Me

atrevería a decir incluso que todo apunta hacia lo contrario.

- Es una locura.

- No lo es. La libertad, eso es locura colectiva. Lo mío es realismo y honestidad. He sabido verlo, si entendiese las piezas del mundo, si pudiese desmontarlo y comprender su funcionamiento, el futuro me sería dado. Pero eso es imposible. No puedo desmontarla si yo, y todos, somos parte de la máquina. ¡Todo es una única gran máquina llamada naturaleza! No hay hueco para la voluntad entre los engranajes, no hay nada.

- ¿Has estado leyendo a Spinoza?

- ¿Qué? No, nunca... Dios no tiene ningún papel aquí...

- Ese Dios se parece sospechosamente a tu máquina, pero dejémoslo. A mí siempre me ha parecido una teoría absurda, la suya y la tuya. Demasiados errores, demasiadas cosas que quedarían sin explicación...

-Todo eso inexplicable, es por nuestra incompreensión. De seguro, tiene una explicación mecánica. Que no puedas verla no es motivo para construir castillos metafísicos en el aire. No, son todo excusas.

- ¿No hay libertad, no hay responsabilidad?

- No.

- ¿Ni bien ni mal, entonces?

- Fabulas. El mal del asesino no es mayor que el de la piedra que cae. Es todo física, reacciones materiales.

- No sé, Zsigmond...

Eszter, decepcionada por su maestro, sentía náuseas al siquiera pensar en aceptar semejante doctrina. Contemplando a aquel hombre sentado, inmóvil, que pensaba sucumbir al dejarse llevar del flujo natural, no podía evitar pensar en cuán distinta habría sido su vida si del mismo modo hubiese actuado. No se llamaría Eszter... Seguiría con sus padres... No sería inventora... Tantas decisiones le habían hecho quién era hoy, que era inaceptable pensar en que aquello estuviese escrito. Su persona no estaba hecha, llevaba años haciéndose día a día, y sintiendo agobio ante la responsabilidad de cada paso. No podía ser todo tan sencillo como Zsigmond sugería.

- Has perdido la cabeza. - afirmó Eszter, perdiendo su jovial expresión por primera vez en años.

- Y tú estás ciega.

- Nunca hasta hoy he podido decírtelo, pero sábelo ahora: eres un imbécil. Muy hábil en tu campo, sí, pero un completo inepto en la vida. ¡Todo está determinado! ¡Claro que sí! Por eso, acto seguido, decides echarte al monte. Lo más lógico en un mundo determinista ¿Eh? Decidir cambiar el rumbo de tu vida, abrir los ojos por una doctrina (aun así de estúpida), y actuar en consecuencia. No hay reacción física que justifique eso más que tu propia estupidez. Venir aquí es absurdo, y la tonta no ha sido la máquina natural, ¡Has sido tú solito! ¡No tiene sentido pensarlo de otra forma! - Eszter, indignada, decidió abandonar el lugar.

- ¡Sólo lo ves así, porque somos incapaces de ver los procesos! ¡Somos limitados, es nuestra maldición! ¡Pero sí somos capaces de deducir que, todo esto, es una ilusión! ¡No puedes dar la espalda a eso!

-Si somos incapaces de desvelar la ilusión, nada cambia. En ella vivimos y en ella moriremos. Tú púdrete aquí arriba si quieres. Mientras tanto, allá abajo, ¡Que viva la ilusión! ¡Viva la libertad que tanto temes! - Y, finalmente, Eszter se fue.

Zsigmond se quedó pensativo, nunca antes había visto así a Eszter. Tal vez ella tuviese razón. Pero ya, ¿Qué importaba? Si está escrito, será lo que tenga que ser. Aunque comenzaba a preocuparse por las dudas que le generaba este punto...

Fueron tres días sin comida los necesarios para hacer estallar las dudas que poblaban la cabeza de Zsigmond. ¿Por el tiempo de reflexión, o por el hambre? Cada uno era libre de juzgar. Pero Zsigmond dudaba y dudaba. Los argumentos del cura no le habían tambaleado duramente, pues, aunque él tuviese la razón, si no creía en Dios, le era irrelevante la compatibilidad de una doctrina con otra. Pero cada vez pensaba más en Eszter. Nunca había estado tanto tiempo sin tener que rechazarla, y en cierto modo la echaba en falta. Y en su última conversación, le sembró grandes dudas. Su corazón deseaba bajar, y reencontrarse con ella, decirle que tal vez ella tuvo razón todo el tiempo. Pero no podía, no era libre de hacerlo. O eso se decía a sí mismo. Pero, cuando lo pensaba, resultaba tan fácil simplemente bajar... Pero, ¿con qué voluntad? ¿De dónde surgía esa fuerza casi mágica?

En ese momento, despertando a Zsigmond de sus circulares reflexiones, asomó Lazarescu la cabeza por el horizonte del monte.

- ¡He venido a rescatarte! -Gritó Lazarescu

- ¡Jajajaja, mi querido Lazarillo! No esperaba verte subir, qué ilusión me hace. Siempre tan asustado de subir por nada. Ven, acércate, es tu oportunidad de ver que el Turul en verdad no es peligro alguno.

- ¡Precisamente a por él he venido!

- ¡Así se habla! Valiente, sin supersticiones. - Contestó Zsigmond sonriente, orgulloso de su compañero.

- He estado investigando. Ahora sé cómo vencer al Turul, y voy a salvarte de él que te tiene aquí cautivo en la montaña.

La ilusión de Zsigmond se desvaneció en parte. Había malentendido la situación al pensar que Lazarescu había por fin abandonado sus ensoñaciones. Pero, tan cansado y hambriento, no se molestó en discutir más.

- Todo tuyo.

VI

Con el saludo del sol, que asomó tímido por el monte, comenzó a inundarse el mercado de una masa de madrugadores ciudadanos, listos para montar sus puestos. Pero hoy, el trabajo que de normal se realizaba en carrera, adelantando a cualquier posible cliente precoz, fue interrumpido súbitamente. Un hechizo de asombro narcotizó a los mercaderes. La parálisis no venía sino de la vista de la gran Tienda de Artículos Mágicos, que hoy abría sus puertas y estrenaba nuevo cartel. Por fin, tal vez por demanda popular, Zsigmond había añadido la palabra Mágicos en su cabecera. Naturalmente, aún mayor turbación causó el inesperado regreso de Zsigmond. Para cien clientes que preguntaron, cien historias de su descenso hubo. La verdad no podía ser revelada. Quedaría en estricto secreto, para Zsigmond y Lazarescu, el relato de cómo aquella noche, a lomos del Turul, sobrevolaron juntos los cielos de Tatabánya, y, por arte de magia, fueron libres. Aunque, el que vuelva a leer el relato, sabrá que este final siempre estuvo escrito